

Madrid, 17 febrero, 1913



(Recogido en "Se esto y de aquello,"  
Tomo IV)

## MONÓLOGOS DIVAGATORIOS

### Del dolor, de la soledad y de la lógica, con otras cosas

Días de amargor... Y le ocurre á uno lo contrario de lo ocurrido al profeta, y es que lanzándose á maldecir, bendice. A las abejas se les convierte la miel en veneno cuando tienen que defenderse; ¿no se convertirá acaso también el veneno en miel?

Días de amargor, días de soledad... El hombre está solo, irremediable y herméticamente solo en medio del mundo. ¿Pero es que no está también el mundo solo? Y hay días en que el hombre comprende lo absoluto de su hermética soledad. Son días de filosofía, esto es, de veneno, cuando la poesía, la miel, se nos va ó se nos agria. Son días de defensa, de erizar el aguijón venenoso y protectorio.

Es cosa curiosa el observar cuántos de los más grandes filósofos han sido solitarios, solteros. Y los más grandes poetas han sido, por el contrario, hombres de familia. ¿Es acaso posible filosofar oyendo las risas ó los llantos de los niños de casa, de los que se criaron bajo nuestra vista y amparo? ¿Qué significa eso del problema del conocimiento ante la enfermedad de un hijo? ¿Cuál es el número de ese fenómeno que son sus gritos de dolor? ¿Y es, por otra parte, posible no poetizar sintiendo eso?

Y luego el mundo, los de fuera... Los de fuera de mis dolores quiero decir, los que no participan de ellos ni, por ende, saben de mis alegrías.

En días así, de amargor, de soledad, siente uno furiosas ganas de aguijonear con veneno, con veneno hecho de miedos, á esos, á los de fuera, al mundo, y sucede que el veneno se le vuelve miel. Una extraña miel, con astringentes amarguras que provienen de espinosas flores del desierto, de flores que crecen solitarias en las grietas de las rocas, donde no bebieron rocío de los cielos.

Hay días en que el hombre quiere ser malo y no lo consigue; quiere esgrimir injusticia y vierte misericordia. Y es que en esos días se aplaude uno de sí mismo y, por ende, se aplaude de los demás. Quiere maldecirlos y los bendice.

¿Y qué daño nos hacen esos, los de fuera...! Su caricia y su aplauso son peores que su agravio y su reproche. Quieren ante todo claridad, lógica.

La lógica es una cosa social, como la palabra «dogos», de que procede. La lógica es para que nos entendamos los unos con los otros; para entenderse uno consigo mismo, y sobre todo para sentirse, no necesita de la lógica. Más bien le estorba.

El mundo nos oprime con su lógica. Es natural, pues, que el hombre trate de defenderse. Pero el pobre no sabe hacerlo sino con la palabra, y la palabra es lógica. Tiene que defenderse de ésta, con ella misma. Y de aquí vienen sus contradicciones, contradicciones que no existen si no para el que las mira desde fuera.

¿Quién tuviera la lengua del áspid, muda y venenosa! Pero la lengua desde que habla pierde el veneno. El veneno se derrite en la palabra y pierde en ella su eficacia. Las verdaderas lenguas víborinas son las lenguas mudas.

Días de amargor, de soledad... Pero, gracias á Dios, podemos convertir los gritos de dolor en palabras articuladas, y cuando cabe decir quejándose: «Ay, Dios mío!» ó «Ay, mi madre!», lo más de la pena se adluciga, lo más del veneno se hace miel. ¿Pero habéis visto á un mudo chillar de dolor y retorcerse sin que nadie le comprenda? A su íntimo dolor propio se une el dolor de no poder expresarlo.

Y hay para todos, hasta para los dueños de palabra, dolores inexpressables, dolores que se chillan y no se dicen, dolores ilógicos. Tal es el mudo dolor del tedio, nacido en la soledad.

El tedio se engendra de esa terrible soledad que nos produce la compañía de los de fuera, de los otros. El raciocinio, con que quieren que nos unamos, no hace sino separarnos.

Días de amargor, de soledad... Son días también de incoherencia. Es decir, de incoherencia para los que nos miran desde fuera, para los de fuera.

Toda una tarde estuve una vez oyendo á un pobre loco que no hacía sino ensartar palabras sin sentido alguno. Sin sentido alguno para mí, y tal vez para él mismo. Enlazaba las por meras asonancias fonéticas, por asonancias, por rima, por aliteraciones, por otras oscuras lañas que se me escapaban. ¿No pensaría en algo en tanto? ¿No sería aquella monstruosa oda expresión de un dolor profundo, revelación acaso de un sentido de la vida? Si es la ley la que hizo el pecado, como el Apóstol nos enseña, ¿no es acaso la lógica la que hace la locura? Y si la gracia nos liberta de la ley y del pecado, ¿qué es lo que nos ha de libertar de la lógica y de la locura? La poesía acaso.

La poesía... Pero hasta á la pobre poesía la han aherrojado con la lógica, y ya ni rige ni flora. Queda la música.

¿La música? Esto es peor aún que la lógica. Esto no nos une en una gran soledad común con los de fuera, sino que nos derrite. La música disuelve la individualidad. Y es aún menos expresiva que la palabra. Un gran dolor se chilló ó se dice, pero no se canta. Al sentirse uno herido da un grito ó exclama: «¡ay, madre!», pero no lanza un compás.



Y eso es, además, una morfina. Eso no es, en el fondo, sino matemáticas sensibilizadas, y las matemáticas son una hiperlógica. Toda materia se disuelve en ellas; toda carne en ellas se evapora y se eteriza.

Y he aquí cómo en estos días de amargor y de soledad cuando quiere uno dar veneno, filosofía, da miel, poesía, y cuando, por el contrario, quiere dar poesía, miel, da filosofía, esto es veneno. Y da lógica, y de la peor. Pero es acaso para echarla fuera.

La abeja cuando pica, ¿pica para dañar al picado, ó pica para librarse de su veneno? Los malos humores nos estropean y amargan el alma. «Ahora que te has curado, Benvenuto, atiende á vivir»—dijo el Papa Clemente VII al Cellini cuando éste se curó del rencor contra el matador de su hermano, pasión que le quitaba de comer y de dormir. Y se curó de ella matando al que mató á su hermano. Y otra vez, presa el Cellini de la misma bestial pasión—«bestial», así es como él mismo la llama,—habriase muerto de ella, nos dice, si no hubiera tomado el remedio de darla salida, y yendo á buscar al Primaticcio le puso la punta de la espada al cuello, diciéndole: «¡Vil cobarde, encomiéndate á Dios, que eres muerto!» Y el pobre dijo tres veces: «¡Ay, madre, válemel!» Y al Cellini, oídas estas palabras, se le pasó la mitad de la ira. ¿Se le habría pasado lo mismo si el Primaticcio hubiera chillado ó hubiera cantado su terror y su cobardía? Hay algo de lógico en el angustioso ¡ay, madre! Y la lógica nos desarma. Nos desarma y nos entrega inermes, indefensos, al mundo, á los de fuera, á los otros.

Este Cellini fué una terrible abeja, de mortífero aguijón y de dulcísimo panal de mieles. Pero... ¿cómo viene uno ahora á

acordarse del Cellini? ¿Cuál fué la lógica de su vida?

¿Es que la vida de un hombre—la vida de un hombre digo, no de un filósofo, ó de un político, ó de un negociante,—es lógica? ¿Es que tiene consecuencia? Es que las vidas de los hombres están unidas, acaso, por la cadena de un sorites?

Y si así fuera, si la lógica uniese las vidas de los hombres y diese unidad á la de cada uno de ellos, ¿de dónde vendrían estos días de amargor, de soledad, en que uno quiere maldecir y bendice? Si la Providencia es lógica, ¿de dónde esta soledad hermética frente á los de fuera y entre ellos?

Filósofos ha habido que se han empeñado en hacer filosofía de la historia, en poner en música la tormentosa letra de ella, en escribir la lógica de la Providencia. Y es claro, la Providencia ha dejado de serlo á sus ojos. En cuanto la Providencia se nos aparece lógica deja de aparecerse Providencia y nos resulta ciega, sorda y muda.

No, la Providencia no es lógica, ni Dios es ningún abogado. «¿Quién sabe si todo esto es santo allí abajo?», como dijo Antigona á Creonte. Para lógica, la de los tiranos.

¿Por qué dijo Pascal que también el corazón tiene su lógica? No, la del corazón no es lógica; el corazón no habla. Cuando sufre de veras, sufre en silencio.

Y á pesar de todo, ¿qué consuelo, qué soberano remedio no es el de la lógica en estos días de amargor y de soledad! La lógica nos hace creer que estamos acompañados cuando más solos estemos. Porque el prójimo responde á acorde á nuestra pregunta se nos figura que nos ha comprendido; porque nos trae morfina y nos la administra cuando nos oye quejarnos de dolor, se nos figura que ha compartido éste con nosotros y que nos compadece. Y lo único que busca es que no le molestemos. Cuando nos ponemos de acuerdo en una definición creemos haber estrechado nuestra hermandad. Y seguimos tan extraños, tan forasteros, tan huraños unos á otros.

Y ¡qué miradas de amor, es decir, de mutua compasión no irradian de los ojos de dos adversarios que se están peleando uno con otro! Para una vez que los hombres pelean unos con otros por odio, son más de cien las veces que pelean unos con otros por amor. Sale uno á maldecir al prójimo y va y le bendice. Y todo es porque le tiene lástima. Y le tiene lástima porque traspasa á él el coguelmo de lástima de sí mismo, que cobró en los días de amargor y de soledad, cuando se sintió herméticamente solo en medio de la compañía de los de fuera.

Días de profunda hermandad los días de soledad y de amargura.

Miguel de Unamuno.